



INFORME: El año Quijote

# Breve repaso a las ilustraciones del Quijote

*José Corredor Matheos*

Cuando leemos el *Quijote* o pensamos en sus principales personajes les atribuimos mentalmente figuras características, de rasgos más o menos definidos. Estas imágenes se han formado a partir de descripciones que hace de ellos Cervantes y también, acaso en mayor medida, de las representaciones que han hecho diversos artistas plásticos: pintores, dibujantes, grabadores y cineastas. La universalidad del libro ha originado innumerables ilustraciones, pero predominan en nosotros, a la hora de imaginárnoslos, unas pocas de ellas. Depende, claro está, del ámbito cultural y de la época del lector o del que piensa en esos personajes. Cada ilustrador realiza sus obras de acuerdo con el gusto de su tiempo, y se ha ido decantando cierta selección de las imágenes que tenemos, sobre todo, de Don Quijote y Sancho.

Mi intención es centrarme exclusivamente en los pintores, dibujantes y grabadores, pero deseo primero destacar el enorme interés de otro campo paralelo: el puesto de relieve por la exposición “Iconografía popular de *El Quijote*”, comisariada por Esther Almarcha e Isidro Sánchez. Los dibujos, de muy diversos países, de cromos, tarjetas postales, carteles, naipes, cupones, etiquetas de botellas, vitolas y sellos que fueron expuestos, una selección de los cuales podemos ver en su catálogo, son graciosos y sugestivos, deliciosamente ingenuos a veces, y de un atractivo que los hace merecedores de atención. Y son muchos los casos en que dibujos o pinturas tienen verdadero mérito artístico, por haber sido realizados por profesionales que han sabido acercar los personajes cervantinos al gran público de manera sugestiva.

Las realizaciones de artistas prestigiosos son tan numerosas que sólo cabe referirse a algunos de ellos, que marquen cambios significativos en el tratamiento del tema, en relación con el desarrollo histórico. Las primeras ilustraciones del *Quijote* partían de arquetipos medievales, debido, sin duda, a la propia idea que tenía el caballero del mundo y de su papel en él. El repaso de imágenes de los siglos sucesivos van mostrando una clara evolución. La figura de Don Quijote se adelgaza. Ya no cuenta tanto el que sea de “complexión recia”, como escribe de él Cervantes en la primera parte, de 1605, como que sea el hombre de cuerpo “alto” y “tendido” que leemos en la segunda parte de su obra, aparecida diez años después. Sancho, como hace notar José Luís Giménez Frontín, comisario de la exposición “Visiones del Quijote”, presentada este mismo año por la Fundación Caixa Catalunya, es visto primero con la misma altura de su señor, para convertirse, “de gra-

vador en gravador”, en el Sancho “rechoncho y bajo, una representación ya inamovible a partir de John Vanderbank y de su competidor William Hogarth”.

Es interesante ver cómo cada época ha procurado adaptar los temas del Quijote. Unas veces, para hacerlos suyos, de manera natural, al igual que los pintores vestían y enmarcaban en un espacio arquitectónico de su tiempo escenas bíblicas. Otras, con cierta intención que da un contenido y un sentido distintos a las escenas de la novela, como en el caso de los grabados, a los que me acabo de referir, realizados por **William Hogarth** (1697-1764), a partir de dibujos de Vanderbank, con el que tuvo grandes diferencias, por las libertades que se tomó Hogarth. Porque es el caso que Vanderbank situó la escena en el contexto de las luchas políticas habidas en Inglaterra que culminaron con la decapitación de Carlos I.

En mi opinión, las figuras de Don Quijote y Sancho, tal como las conocemos predominantemente hoy, fueron marcadas por el romanticismo, tal como los vio **Gustave Doré** (1832-1883). Lógicamente, este movimiento se sentía atraído por el delirio del caballero, en detrimento de lo que tenía el *Quijote* de realista. El romanticismo, al contrario de lo que representa Cervantes como hombre renacentista, vuelve los ojos a la Edad Media. Las figuras las vemos, en estos dibujos y grabados, en acumulaciones barrocas. La xilografía de Doré titulada *Son imagination se remplit de tout ce qu'il avait lu (Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros)* es muy reveladora en la visión de Don Quijote rodeado por las criaturas de su delirio, y parece una confirmación del grabado *El sueño de la razón produce monstruos* de Goya. Las obras del artista francés dan la sensación de que los sucesos se producen en un ámbito interior, mental, como algo propio del expresionismo romántico, y, al mismo tiempo, de la delirante mente de Don Quijote.

La visión que reflejan las ilustraciones del Quijote corre paralela al significado que el personaje, y la misma novela, tienen para el lector. Primero, el libro fue visto como de entretenimiento y lo que pesaba más era la ridiculización de Don Quijote, por su locura, y la de Sancho, por su rusticidad. Se produce una evolución lenta y el Romanticismo valora Don Quijote en lo que tiene de valioso ideal humano, cuya derrota puede ser vista como la de todo hombre dispuesto a defender sus principios. Esta interpretación es la que se reafirmaría en nuestra época y situaría el personaje del Quijote entre las grandes personificaciones o representaciones arquetípicas de la



humanidad, como Edipo y Hamlet. Únicamente que, en el caso de Don Quijote, se verá también como una de las dos caras que, con la de Sancho, compondrá la contradictoria condición humana.

Con la modernidad, que iniciará su culminación en la segunda mitad del siglo XIX, lo que importará más no será el tema mismo, sino sus posibilidades plásticas, como consecuencia de la depreciación de los contenidos, en favor de los aspectos formales y cromáticos. Habrá, naturalmente, casos, como el de **Honoré Daumier** (1808-1879), que logra un equilibrio entre el mantenimiento del sentido dado por el texto y los valores plásticos, muy conseguidos, como en los contraluces de los óleos, donde, por encima de la evocación de las figuras, se realiza el cromatismo de los cielos, la vegetación o la tierra. Esto le lleva a cambiar de soporte, sustituyendo el papel por el lienzo, al tiempo que despoja los temas de todo aquello que no resulta esencial. Con ello marca un cambio con relación a los artistas anteriores que habían tratado temas del Quijote.

En las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, la pintura y el dibujo acentúan la desfiguración de las formas y la desintegración del color, aunque muchos ilustradores del famoso libro cervantino, notoriamente en España, mantienen maneras realistas. Lo curioso es que, al tiempo que las figuras de Don Quijote y Sancho, y el libro en su conjunto, adquieren definitivamente un profundo sentido universal, las ilustraciones del famoso libro no siguen una línea tan progresiva. Se publican ediciones ricamente ilustradas y con ilustraciones de interés, algunas de ellas ciertamente valiosas, así como pinturas independientes dedicadas al tema, pero el curso de la vanguardia artística, con la abstracción y otras corrientes y tendencias que se apartan de un realismo mínimamente representativo, hace difícil que se produzca un enriquecimiento paralelo de la ilustración quijotesca.

La gran figura que cabe destacar a continuación es **Pablo Picasso** (1881-1973), básicamente por su gran importancia más que por su dedicación a las figuras cervantinas, sorprendentemente escasa. En algunos dibujos, grabados y litografías aparecen unas figuras de acusado dibujo, descontextualizadas de los paisajes y ambientes originales, que pueden ser interesantes plásticamente pero cuya relación con el libro suele ser poco clara. Hay que destacar, sin embargo, el famoso dibujo a tinta china de 1955 que se conserva en el Musée d'Art et Histoire de Saint-Denis. Sencillo, esquemático, al parecer sin especiales pretensiones artísticas, sintetiza sin embargo, a mi juicio, de manera ejemplar, las figuras de Don Quijote y Sancho, y es probablemente la imagen que mejor los representa en nuestro tiempo.

Otro gran artista, también español, que merece ser citado es **Salvador Dalí** (1904-1989). El método paranoico crítico, que tanto aireó, le sirve para explorar las posibilidades formales de la locura de Don Quijote, en compañía de su escudero Sancho y, ocasionalmente, de otros personajes, como Sansón Carrasco y los duques. Su primera experiencia en este sentido la llevó a cabo en 1945 y consistió en 38 dibujos en tinta china, algunos de ellos con acuarela, para la primera parte de la novela, en edición de Random House (1946). Su primera incursión en la litografía la llevaría a cabo en 1956, con una serie editada al año siguiente en París por Joseph Foret.

Los dibujos de 1945 son de las obras en que Dalí despliega mejor sus dotes de extraordinario dibujante. Podemos creer que el tema le interesaba realmente. No puede decirse que Salvador Dalí fuese, él mismo, un quijote, pero sí que participaba también de cierto delirio, en todo caso controlado. De

sus dibujos, los hay portentosos, sólo de línea, finísima y certera, mientras en otros da muestra de una habilidad que, en las décadas siguientes le salvará siempre, frente a la decadencia de su pintura. Sabe captar el movimiento, acentuado por ese torbellino que configura en ocasiones al caballero. Al contrario de Picasso, que marca el derrumbamiento de la concepción artística de raíz renacentista, Dalí trata de recuperarlo y da muestra, en declaraciones y en su obra, de volver a Rafael. Podemos comprobarlo a menudo en la configuración de los personajes. Esta actitud podía suponer una respuesta edípica a Picasso, paralela a la que tuvo frente a su padre.

El surrealismo ha dado también otra muestra relevante de interés por ilustrar el libro cervantino. El chileno **Roberto Matta** (1911-2002), a quien voy a referirme ahora, inicia tardíamente su dedicación a este tema, en 1977-1978, y volverá a él en exposiciones celebradas en Cuba (1982), Nueva York (1986) y París (1990). Tanto por este interés como por su prestigio internacional, en 1992 es nombrado patrón y vocal hispanoamericano del Instituto Cervantes. Matta, cuyo izquierdismo político pudo influir en la simpatía o identificación con el Caballero Andante, encuentra en los personajes cervantinos un verdadero filón. La línea quebrada y zigzagueante de sus figuras, y sus colores vivos, contrastan sobre los fondos, claros, o de tonos tostados o azules intensos. El movimiento es muy diferente al de Dalí. Si el maestro de Port Lligat pretendía el imposible de volver a Rafael, Matta sigue la línea principal del arte moderno que trata de romper nuestra imagen de la realidad, paralelamente a la descomposición que parece apreciarse en el ámbito social y cultural. Y aunque no podamos apreciar claramente la relación de estas figuras con Don Quijote y Sancho, el drama, la rabia, las contrapuestas sensaciones de alegría de vivir y de conflicto que manifiestan sus pinturas, dibujos y litografías nos acercan de algún modo a ellas.

Los dibujos de **Antonio Saura** (1930-1998) pueden constituir, sin duda, un buen cierre a este sucinto recorrido por la iconografía cervantina. De los artistas anteriormente citados, con quienes puede tener relación la obra del gran artista aragonés es, obviamente, con Picasso. De Picasso viene, en realidad, todo el arte contemporáneo posterior a él, que siente la necesidad de recuperar la figura y, al mismo tiempo, la imposibilidad de lograrlo. Es decir, de recuperarla entera, en el contexto en que es la sociedad misma la que carece de imagen unitaria. Vivimos en un mundo escindido, de ahí la importancia y significación que cobra el *collage*, y los artistas más lúcidos reflejan de un modo u otro esta situación. No es que se deba ser consciente de ello en el momento de la creación y sentirlo como una obligación, sino que la necesidad surja de muy adentro sin provocación o incitación del plano consciente.

Como Matta, Saura descompone la figura, la retuerce, hace girar sobre sí mismos los trazos que la configuran. Pero la figura, en su desfiguración, se aprecia más. Y, si Picasso juega, con el gozo que le procura su plástica, y Matta transmite una sensación simultánea de gozo y de drama, Saura es enteramente sobrio. Su dramatismo es sin concesiones. Don Quijote no podía faltar en su extraordinaria galería de personajes históricos españoles. Se está a caballo de la figuración y la abstracción, pero la sensación de realismo es indudable. El trazo de Saura es caligráfico. Se dice mucho con lo mínimo. Hay un dibujo, titulado *Don Quijote y Sancho*, de 1987, en que los dos personajes aparecen con escasos y brevísimos trazos: únicamente tres, lanza incluida, para el caballero, y un remolino achaparrado, para su escudero. Parecía que después del citado dibujo picassiano de 1955 no se podía ir más lejos en la esencialidad de la forma y del trazo, pero Antonio Saura evoca

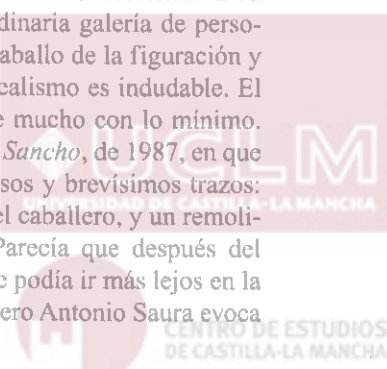




Ilustración de Salvador Dalí para el Quijote.



Dos platos de cerámica de Pablo Picasso

a los famosos personajes cervantinos con fidelidad que, en su radical síntesis, resulta insuperable. Hace falta una gran maestría para dar de manera tan sucinta y esencial todo lo que hemos ido viendo a lo largo de esta galería de evocaciones qui-

jotescas. Con Antonio Saura se cierra, pues, esta, sino esencial, si mínima relación de ilustraciones del Quijote, quien seguirá cabalgando más allá del cuarto centenario, hasta el fin de los tiempos, sean éstos próximos o lejanos. ■